

No entiendo la poesía

Parece más que contrastado que la razón argumentada habitualmente para no acercarse a la lectura de la poesía es que «no se entiende» (más adelante propondré la hipótesis de que ese «no se entiende» encubre, acaso, un «me da miedo»). ¿Cuántas veces habremos oído esto al preguntarle a alguien por qué no lee poesía? Partiendo de esa respuesta, a priori tan simple, «no leo poesía porque no la entiendo», serán elaboradas las líneas que siguen, en un intento por indagar en diversos aspectos que atañen a la poesía y que considero importantes.

Comenzaré por apuntar que, a mi juicio, no es necesario entender la poesía. Es más, que el proceso que se da cuando cualquiera aborda la lectura de un poema no es del orden del entendimiento y, por tanto, tampoco de la comunicación. Que no se trata de que un emisor, el poeta, emita un mensaje, el poema, y un receptor, el lector, descifre y entienda lo que el poeta ha querido transmitir, eso suponiendo que el poeta sepa lo que ha querido transmitir, que ya es mucho suponer. Esto último atañe al proceso de elaboración del poema, del que hablaré más adelante, y en él entra en juego la cuestión del inconsciente, que aparecerá a lo largo de buena parte de este texto. Sobre este punto se podría traer aquí multitud de citas, pero me parece interesante esta reflexión, no de un poeta ni de un crítico literario, sino de Sigmund Freud:

Los profanos sentimos, desde siempre, vivísima curiosidad por saber de dónde el poeta, personalidad singularísima, extrae sus temas y cómo logra conmovernos con ellos tan intensamente y despertar en nosotros emociones de las que ni siquiera nos juzgábamos capaces. Tal curiosidad se exagera aún ante el hecho de que el poeta mismo, cuando le interrogamos, no sepa respondernos o solo muy insatisfactoriamente¹.

De modo y manera que el lector no encara un proceso de entendimiento, en la acepción comunicativa del término, sino de interpretación y elaboración del poema, que cada sujeto lleva a cabo como puede más que como quiere. Este proceso es singular para cada receptor y viene determinado por su particular constitución simbólica e imaginaria. Para algunos autores, cuya opinión comparto, en el lenguaje poético no se da comunicación, sino revelación: a nivel de pensamiento, a nivel emocional, o en ambos estratos simultáneamente, algo se le revela al lector a través del poema. A propósito de la concepción poética de Valente, escribe César Real Ramos, en su prólogo a *El vuelo alto y ligero*:

De pasada, y no obstante vuelva a hacer referencia a ello, quiero ya destacar la importancia del simbolismo en la obra de Valente, derivado, sin duda a su vez, de su peculiar concepción del lenguaje poético no como comunicación, sino como conocimiento o revelación. La palabra deja de ser

¹ Freud, S., «El poeta y la fantasía» (1908), incluido en el volumen *Psicoanálisis aplicado y técnica psicoanalítica*, Alianza, Madrid, 2004, p. 9. Añadiré que, hacia el final de su vida, Freud comentó que acaso su obra solo sería entendida por los poetas. Si levantara la cabeza.

transitiva, signo que transmite un contenido, para convertirse en encarnación, símbolo que, en sí mismo, contiene el contenido².

Jacques Derrida afirmaba que «no hay poema que no se abra como una herida» y Chantal Maillard apunta que el poema «hace brecha»³. Efectivamente, el poema abre en el lector un horizonte de posibilidades, de intuiciones, de descubrimientos, porque *el poema es el canto del presentimiento, de la promesa y del desvelo*, como sugiere Maurice Blanchot⁴. Para empezar, difícilmente llegará al lector significado concreto alguno si lo que tiene ante él es poesía y no una sucesión de palabras estructuradas en forma de verso y aderezadas con algunos de los recursos clásicos de la tradición poética (rima, métrica, etc.). En este sentido, Charles Simic señala que «no hay peligro mayor para un poema que lo poético. No recuerdo quién lo dijo»⁵. Entiendo que, en esta afirmación, habla de «lo poético» en el sentido epistemológico del término.

Lamentablemente, y aunque resulte difícil de creer, no son pocos los que están convencidos de que para hacer un poema es suficiente con esto: estructurar en forma de versos, aderezarlos con algunos de los recursos citados y ya, ahí tenemos un poema. Resulta tan cómico como preocupante y nos lleva a

² Real Ramos, C., Introducción a *El vuelo alto y ligero*, antología poética de José Ángel Valente (VII premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana), Universidad de Salamanca, 1998, pp. 15-16.

³ Ambas citas aparecen en *La baba del caracol*, Maillard, C., Vaso Roto, Madrid, 2014, pp. 42 y 57.

⁴ Blanchot, M., *La bestia de Lascaux*, Tecnos, Madrid, 2001, p. 31.

⁵ Simic, C., *El monstruo ama su laberinto*, Vaso Roto, Madrid-México, 2015, p. 69.

una banalización que está inundando, desde hace ya tiempo, el corpus de la poesía, ese último reducto de lo sagrado –último reducto, de igual manera que perteneció a lo sagrado desde sus inicios–, de lugar de encuentro del ser humano con el misterio de su existencia, de la existencia. Tomar a mofa, ridiculizar, incluir a la poesía en la categoría de «hobbie» –esta es una idea muy extendida, gracias entre otras cosas a la inestimable colaboración de algunos supuestos poetas, que la transmiten con sus continuas imposturas–, inyectar sin medida la insignificancia en el arte en general y en la poesía en particular, dar por bueno lo fácilón que no aporta nada, resulta ser un recurso infalible para la idiotización y el anquilosamiento de los individuos.

La banalización de la poesía

Es notorio que a los grupos sociales dominantes –económicos, políticos, institucionales– no les interesa un individuo bien estructurado, tanto intelectual como emocionalmente –siempre que hable de emoción me estaré refiriendo al basamento pulsional capturado por lo simbólico y lo imaginario–. Sin afectos no hay conceptos, nos dice Ángel Gabilondo⁶. Dificilmente se podrá adquirir y desplegar un buen bagaje intelectual si no se está razonablemente bien conformado a nivel emocional –siempre hay excepciones, claro está–. La poesía propone al lector esto: un crecimiento a nivel reflexivo, una indagación del sujeto en su interior. Si la poesía ayuda en este sentido, y particularmente estoy convencido de que es así, quien desde los primeros años de vida se acerque a la poesía será un sujeto que se conozca más a sí mismo, su identidad, sus deseos, sus carencias, sus virtudes, una persona cuyos razonamientos y capacidad crítica serán meridianamente más consistentes. En consecuencia, un individuo no manipulable (o, al menos, más preparado para afrontar la manipulación), un individuo con criterio y corazón. Sin duda, nada recomendable para aquellos cuyo objetivo es ejercer la dominación sobre los otros.

⁶ «La pasión razonable», en *Alguien con quien hablar*, Gabilondo, Á., Punto de Lectura, Madrid, 2007, p. 58.

Esto resulta intolerable para los poderes hegemónicos de las sociedades democráticas actuales, que sin embargo deberían favorecer el crecimiento *integral* de sus ciudadanos. Es muy triste ver cómo, aún hoy en día, la poesía es denostada en los planes de estudio y en la oferta cultural institucional. Afortunadamente, esta falla es compensada por las iniciativas –más o menos serias– de los propios poetas para organizar recitales, encuentros, charlas, lo que no hace menos necesario que las instituciones culturales den un salto de envergadura en relación a la poesía. En todo caso, mucho más preocupante me parece la ausencia de la poesía en los colegios (salvo gloriosas excepciones, por *motu proprio*, de algunos centros, no porque esté contemplado en los planes de estudio), a pesar de que, en numerosas ocasiones, he oído la arenga de que «hay que llevar la poesía a las escuelas». Sí, muy bonito, pero no se lleva. Años con la misma cantinela, pero los chavales apenas tienen noticia de la poesía y, al decir chavales, me refiero desde los más pequeños hasta los alumnos de bachillerato.

El hecho de que en los libros de lengua se ponga un poema al comienzo de cada capítulo y que, en el mejor de los casos, los alumnos lo lean y se lo aprendan de memoria, cómo no, para continuar con esa educación pazguata consistente en memorizarlo todo, poca cosa es⁷. Que en el sistema educativo se introdujera la poesía, *de verdad*, de una manera seria, conllevaría mucho más que todo esto. No se trata de que, de cuando en cuando, un poeta visite un centro educativo –en los casos

⁷ Por cierto, que siempre aparecen en los libros de texto los mismos poetas: Antonio Machado, Miguel Hernández, Pablo Neruda, maravillosos todos ellos, sin duda, pero también existieron Jorge Teillier, Alejandra Pizarnik o Juan Eduardo Cirlot. Creo que ya es hora de que se abra el abanico y deje de encasillarse en unos pocos nombres la escasa poesía que se ofrece a nivel educativo.